

El valor de las cartas en el tiempo

Sobre epistolarios inéditos en la cultura española desde 1936



JOSÉ TERUEL / SANTIAGO LÓPEZ-RÍOS (EDS.)



Madrid-Frankfurt,
Iberoamericana-
Vervuert, 2023.

EL VALOR DE LAS CARTAS EN EL TIEMPO

Sobre epistolarios inéditos
en la cultura española desde 1936

JOSÉ TERUEL
SANTIAGO LÓPEZ-RÍOS (eds.)

IBEROAMERICANA • VERVUERT • 2023

<https://www.iberamericana-vervuert.es/FichaLibro.aspx?P1=221459>

Índice

Introducción. Sobre el estudio de epistolarios inéditos posteriores a 1936: literatura y cultura JOSÉ TERUEL/SANTIAGO LÓPEZ-RÍOS	9
“Una alegría en voz alta”. Mi correspondencia con Jorge Guillén (1964-1982) LUCE LÓPEZ-BARALT	25
El epistolario inglés de Leopoldo Panero JAVIER HUERTA CALVO	55
Cercado de monstruos: una aproximación a la correspondencia inédita de Dámaso Alonso JOSÉ ANTONIO LLERA.....	91
Dificultades en la interpretación epistolar. Una carta de Gregorio Martínez Sierra desde el exilio JULIO E. CHECA PUERTA/ALBA GÓMEZ GARCÍA.....	113
El epistolario del exilio de Guillermo de Torre DOMINGO RÓDENAS DE MOYA.....	131
Autoridad y autobiografía en las cartas de Ángela Figuera Aymerich a Guillermo de Torre RAQUEL FERNÁNDEZ MENÉNDEZ	153

Las metamorfosis de Eloína. La correspondencia entre Consuelo Berges Rábago y Eloína Ruiz Malasechevarría CARMEN DE LA GUARDIA HERRERO.....	169
Entre <i>Sur</i> , <i>Realidad</i> y <i>La Torre</i> : las cartas de Francisco Ayala a Eduardo Mallea y Francisco Romero XIMENA VENTURINI	201
“El catalán errante”. Los exilios de Néstor Almendros en la correspondencia de Pilar de Madariaga ELENA SÁNCHEZ DE MADARIAGA.....	219
El epistolario de Camilo José Cela entre poetas en torno a <i>Papeles de Son Armadans</i> : Carlos Bousoño, José Agustín Goytisolo y Concha Lagos ARANTXA FUENTES RÍOS	241
Hacia <i>El hereje</i> : sobre el epistolario de Américo Castro y Miguel Delibes SANTIAGO LÓPEZ-RÍOS.....	265
Carmen Martín Gaité en sus cartas JOSÉ TERUEL	295
La carta como forma de presencia: Carmen Martín Gaité y <i>El Interlocutor Exprés</i> MARIA VITTORIA CALVI.....	321
“Una rama de perejil”: las cartas entre María Zambrano y José-Miguel Ullán JOSÉ LUIS GÓMEZ TORÉ.....	343
La relación entre Carlos Blanco Aguinaga y Rafael Chirbes a través de su correspondencia ÁLVARO DÍAZ VENTAS.....	361
Sobre los autores.....	383

El valor de las cartas en el tiempo. Sobre epistolarios inéditos en la cultura española desde 1936, ed. José Teruel y Santiago López-Ríos, Madrid/ Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2023.

Hacia *El hereje*: sobre el epistolario de Américo Castro y Miguel Delibes

SANTIAGO LÓPEZ-RÍOS
Universidad Complutense de Madrid

Las misivas que el autor de *La realidad histórica de España* y el de *Cinco horas con Mario* se cruzaron entre 1967 y 1971 demuestran que, a veces, el valor de un epistolario no guarda proporción con su tamaño. En total, se han preservado poco más de dos docenas de documentos de esta correspondencia¹. Nada que ver, por ejemplo, con las dimensiones de la de Miguel Delibes y Francisco Umbral (2021). De

1 En la Fundación Xavier Zubiri (Madrid) se conservan diez cartas de Miguel Delibes a Américo Castro: (1967a-b), (1968a-f), (1970) y (1971). En la Fundación Miguel Delibes (Valladolid) hay dieciséis del segundo al primero: (1967a-b), (1968a-h), (1969a-b), (1970a-b) y (1971a-b). Agradezco a ambas fundaciones, y en especial a Elisa Delibes y Diego Gracia, que hayan autorizado citar estos textos inéditos y publicar facsimilarmente una carta de Américo Castro. Doy las gracias también a Santos Sanz Villanueva y José Teruel por sus comentarios y sugerencias a lo largo de esta investigación.

todas formas, este pequeño conjunto de escritos privados constituye un estimable testimonio de la atención que Américo Castro prestó a la obra de Delibes al final de su vida. Siendo esto algo de por sí sumamente curioso, su mayor interés radica, sin embargo, en que incita a reflexionar sobre la huella que la historiografía de Castro —“una de las pocas cabezas pensantes que restan en el país (tal vez la más lúcida y ordenada”, según Delibes (1967b)— dejó en el propio escritor vallisoletano. Esta huella aflorará, más de treinta años después, en *El hereje* (1998), el título con el que culmina su trayectoria novelística. Asimismo, y esto no es menos significativo, leer estas cartas teniendo a la vista el epistolario de Américo Castro y José Jiménez Lozano, ya publicado, invita a suponer que el escritor de Alcazarén estimuló de forma decisiva el acercamiento teórico de su amigo a Castro, al tiempo que le mostraba las posibilidades de novelar el drama espiritual de la edad conflictiva y el problema de la libertad de conciencia en la España de la Inquisición. Sobre esto gira, precisamente, *El sambenito* (1972), una novela que José Jiménez Lozano estaba redactando por las mismas fechas en las que los dos periodistas de *El Norte de Castilla* mantenían correspondencia con don Américo.

La relación epistolar entre Castro y Delibes se inicia el 24 de julio de 1967, cuando el primero le escribe al segundo desde Madrid para felicitarle por *Cinco horas con Mario* (Castro 1967a). El filólogo había leído esta novela gracias a su hija Carmen, quien se la había llevado en un viaje a California unos meses antes. A su regreso de La Joya, en abril, Carmen envió una nota a Delibes comentándole cuánto había disfrutado su padre de este libro. También le expresaba su deseo de que ambos se conocieran en persona: “Le llevé de regalo a mi padre tus *Cinco horas*, y si es posible, cuando él venga —en julio— tenéis que conoceros. Te leyó, te disfrutó y espero que corra tu estupenda novela entre los hispanohablantes californianos” (Castro Madinaveitia 1967). El gesto de Carmen Castro no era algo aleatorio. Estaba muy interesada en la vida cultural, colaboraba de manera asidua en revistas y periódicos —*El Norte de Castilla* incluido (Castro Madinaveitia 2001)— y mantenía a su padre al corriente de novedades literarias. Fue ella quien le hizo llegar *Nada* de Carmen Laforet, una obra en la que su progenitor apreció la modernidad del enfoque femenino y del

virtuosismo metafórico, según le comentó a su hija en carta del 20 de agosto de 1945: “Para encontrarle enlace hay que ir a Sor Juana Inés de la Cruz y a Santa Teresa [...]. La mujer se da ahí total, entera, se la oye hablar. Todas las otras hembras han pretendido hacer literatura masculina —o se han lanzado al lirismo (la Mistral, p. e.). [...] Qué acierto el de esa cría no usar su poder metafórico para el verso, y sí para recrear cosas y gentes” (Teruel 2020: 37).

Castro estaba en Madrid en julio de 1967 porque había llegado desde EE. UU. para pasar las vacaciones en España y había decidido permanecer en la capital unos días antes de irse a Platja d’Aro. Su primera carta a Delibes es breve. Encabezada con un “mi admirado novelista”, le felicita por el “estupendo soliloquio de la viuda de Mario”, le confiesa que le ha descubierto un “gratisimo Mediterráneo” y le expresa su deseo de conocerlo en persona (1967a). Si a sus 82 años, con un ritmo febril de trabajo a pesar de estar cada vez más desbordado por las circunstancias, tomaba la iniciativa de entrar en contacto con Miguel Delibes y le trasladaba que le gustaría reunirse con él, era porque lo consideraba como algo prioritario. Aunque no se dijese de forma explícita, al leer la novela, debió de reparar en la visión tan ‘casticista’ de la religión que encarna el personaje de Menchu: “¿Es que también era mala la Inquisición, botarate? Con la mano en el corazón, ¿es que no crees que una poquita de Inquisición no nos vendría al pelo en las presentes circunstancias”, llega a decir la viuda mientras vela el cadáver de su marido, al que reprocha haber criticado al Santo Oficio en sus clases (Delibes 1987 [1966]: 151). En verdad, parecía como si en algunos pasajes se hubiera novelado sobre las profundas raíces de la intolerancia religiosa española a partir de sus propias tesis. A esto obedecería la insistencia de Carmen Castro ante su padre para que leyera *Cinco horas con Mario* y conociera en persona a su autor.

Aparte de las lecturas que Delibes hubiera hecho de Castro, todo apunta a que las ideas de este le llegaron de forma paralela a través de José Jiménez Lozano, su amigo y compañero en *El Norte de Castilla*. En 1966, el mismo año en que apareció *Cinco horas con Mario*, Jiménez Lozano publicó en la editorial Destino *Meditación española sobre la libertad religiosa*, gracias a la recomendación de Delibes a Josep Vergés. Desde un planteamiento muy americocastista, este ensayo

exploraba la pervivencia de la intransigencia cristianovieja en la España contemporánea. La oposición de una parte del clero español a la declaración de libertad religiosa del Concilio Vaticano II estimuló las cavilaciones de este joven periodista católico que había cubierto el Concilio desde Roma y que estaba deslumbrado por la figura del papa Juan XXIII (Arbona y López-Ríos 2020). Hay pasajes de *Cinco horas con Mario* que parecen casi inspirados en *Meditación española sobre la libertad religiosa*:

Pero la unidad religiosa católica es, sin embargo, la ficción jurídica montada sobre la autoconciencia de pueblo escogido por Dios y la voluntad férrea de que esa ficción jurídica sea expresión de la realidad, aunque haya que exterminar a todo disidente. Y por supuesto, negarle la calidad de español. El concepto de anti-España no es un expediente político de propaganda, como pudieran pensar muchos, sino un sentimiento vivo ya en el corazón de los españoles del XVI y el XVII, el sentimiento de la casta cristiana ultrajada por la disidencia de la creencia católica, el sentimiento del honor personal, familiar y nacional manchado por un solo español que disienta de su deber —“casta obliga”— de ser católico. Y de serlo a la manera del carbonero, sin preguntarse demasiado por su fe, ya que estos interrogantes teológicos o filosóficos, intelectuales de toda clase, han olido siempre

Escucha, Mario, aquí, para inter nos, cada vez que Borja se dormía arrullado por la quinta sinfonía y tú decías, “Éste es el intelectual de la familia”, yo perdía la cabeza, te lo confieso, porque por nada del mundo quisiera tener un hijo intelectual, una desgracia así, antes que Dios se lo lleve, fíjate. Convéncete de una vez, Mario, los intelectuales, con sus ideas estrambóticas, son los que lo enredan todo, que están todos medio chiflados, porque creen que saben pero lo único que saben es incordiar, lo único, fíjate bien, y sacar a los pobres de sus casillas, que el que no acaba de rojo, acaba de protestante o algo peor. Daría media vida por meterte esto en la cabeza, querido, que yo no sé en qué tono decírtelo, que hay personas que me paran en plena calle, y no es una ni dos, siempre los mismos, que si te has hecho rojo, imagina qué situación, con qué cara voy a contestarlos, que, luego, cada vez que te veía comulgar, me entraba un escalofrío por la espalda que no quieras saber, porque por mucho que en mi fuero interno pretenda disculparte,

<p>entre nosotros a chamusquina, quiero decir a judaísmo, y herejía, por lo que, como está demostrado hasta la saciedad, el ser un labriego ignorante o venir de iletrados labradores llegó a ser el máspreciado título de “casta limpia”, dado que los judíos siempre fueron agudos de entendimiento y cavilosos. El catolicismo popular español ha sido siempre anti-intelectual desde que ser intelectual significó un ejercicio autónomo de la inteligencia fuera de los moldes escolásticos y el control clerical, y los intelectuales han sido acatólicos o anticatólicos, casi siempre, entre nosotros, del XIX para acá sobre todo (Jiménez Lozano 1966: 68).</p>	<p>hay cosas que no pueden conciliarse, cariño, por ejemplo, Dios y <i>El Correo</i>, pero así, sin contemplaciones, que es algo que sale de ojo. El Señor no gusta de las medias tintas, cariño, y Él me perdone pero yo creo que ese Juan XXIII, que gloria haya, ha metido a la Iglesia en un callejón sin salida, que no es que diga que fuese malo, Dios me libre, pero para mí que lo de Papa le venía un poco grande, o, a lo mejor, le pilló demasiado viejo, que todo puede suceder. Yo no soy una mojigata ni una intransigente, Mario, ya me conoces, pero este buen señor ha hecho y ha dicho cosas que asustan a cualquiera, no me digas, porque si a estas alturas, también va a resultar que los protestantes son buenos, acabaremos por no saber dónde tenemos la mano derecha (Delibes 1987[1966]: 143-145).</p>
---	---

Es muy revelador que el mismo 24 de julio de 1967, fecha en la que don Américo inaugura su correspondencia con Delibes, escribiese también por primera vez a José Jiménez Lozano, después de haber leído *Meditación* (Castro y Jiménez Lozano 2020: 61-66). En esta carta, bastante más larga que la dirigida a Delibes, elogiaba dicho libro, enfatizando su sorpresa y su satisfacción por haber encontrado en España a un intelectual católico español que respaldara sus argumentos. Una sintonía muy semejante debía de intuir con Delibes, cuya relación con Jiménez Lozano no podía ignorar, no solo porque ambos eran periodistas de *El Norte de Castilla* y autores de *Destino* (editorial y revista), sino por algo incluso más obvio: Delibes le había dedicado *Cinco horas con Mario* al propio Jiménez Lozano. El que escribiera a ambos por primera vez exactamente el mismo día revela hasta qué punto los asociaba.

Aparte de que le atrajera conocer en persona al autor de una novela que tanto le había gustado —amigo, además, del periodista católi-

co que defendía sus tesis en un ensayo audaz, y amigo de su propia hija—, otras razones le animarían a acercarse a él. Había lazos por parte de la familia política: una prima del novelista, Camino Velarde, estaba casada con Juan Manuel Madinaveitia, un hermano de su esposa (Delibes 1968e). A su vez, el periódico *El Norte de Castilla*, un “símbolo de segura orientación” en palabras de Castro (1968c), le recordaría a su amigo Santiago Alba Bonifaz, quien junto con César Silió había comprado esta cabecera en 1893. Alba, el cual siendo ministro de Instrucción Pública había puesto en marcha el Instituto-Escuela y había tratado mucho al granadino a propósito de la Oficina de Relaciones Culturales mientras desempeñó el cargo de ministro de Estado en 1923, fue el tío de Miguel Delibes (García Domínguez 2020 [2005]: 46; Olmedo Ramos y López-Ríos 2022).

/3

El autor de *Cinco horas con Mario* respondió a vuelta de correo a la primera carta del filólogo desde Valladolid el 26 de julio. Le llama “alto maestro”, se muestra agradecidísimo por su felicitación y muy ilusionado con la posibilidad de que lo recibiera: “como todo español preocupado por el pasado y el porvenir de España, uno de mis mayores deseos es conocer al autor de las más lúcidas páginas sobre nuestra Historia” (Delibes 1967a). La primera parte de la frase no debió de pasar inadvertida a su destinatario; era una declaración de principios que coincidía con una idea esencial para él: los españoles solo podrían afrontar su futuro haciéndose cargo de cómo habían llegado a serlo.

El encuentro se produjo en Valladolid, en donde apareció el autor de *La realidad histórica de España* el 11 de septiembre de 1967, al volver de sus vacaciones en Cataluña. Delibes lo recordó en *Un año de mi vida*: “Apenas llegado de USA, me escribió expresándome su deseo de reunirse con Jiménez Lozano y conmigo. Respondimos agradecidos diciéndole que iríamos a Madrid. Mas a los dos días, sin advertirnos, se presentó él en Valladolid. ‘Don Américo —le dijimos—, esto no era lo convenido. Usted tiene ochenta años’. Pero él objetó rápido: ‘De acuerdo; pero ustedes son dos’” (Delibes 1972: 190)².

2 *El Norte de Castilla* se hizo eco de esta visita y publicó una foto de don Américo en portada. (“Don Américo pasó por Valladolid” [1967]).

Por las líneas que el filólogo puso a Jiménez Lozano al regresar a Madrid, sabemos que departir con ambos escritores le produjo una intensa impresión, a pesar de la no pequeña diferencia de que ser él un “acendrado y aleccionador” ateo —los adjetivos son de Camilo José Cela en carta a Carmen Castro de 1973 (2009: 486)— y ellos, católicos practicantes: “Mientras andábamos presurosos por Valladolid, y contemplábamos la raya de los tesos, y de sus blancos y grises reverberantes —tan justa y bellamente coordinados—, pensaba en lo curioso de encontrarnos allá tres personas tan distintas, en apariencia tan dispares, y sin embargo coincidentes en cuanto a ciertas líneas y matices fundamentales. Y un rayo de esperanza iluminaba la duda y las tinieblas habituales” (Castro y Jiménez Lozano 2020: 83).

El mismo día en que escribía esto a Jiménez Lozano, el 17 de septiembre de 1967, redactaba otra carta para Miguel Delibes, a quien no llama ya “mi admirado novelista”, sino “mi querido amigo”. Lo que le comenta ayuda a entender por qué le aseguraba a Jiménez Lozano que esas conversaciones de los tres le infundían esperanza, asunto absolutamente esencial para él y sobre el que vuelve en su misiva al autor de *El camino*. Tras agradecerle “las deliciosas 24 horas pasadas en Valladolid”, le confiesa:

Siempre es grato conocer a un escritor ya muy estimado personalmente. En este caso, el interés se multiplicaba por la impresión de estar objetiva y previamente de acuerdo, usted y yo, acerca de algunas ideas básicas, de modos de entender y ‘esperanzar’ a este querido y maltrecho país. Sus novelas, por fortuna, no son de tesis políticas o moralizantes; son, sí, visiones sutilmente críticas, estimativas, no meramente descriptivas, del humano vivir en un tiempo y espacio dados (Castro 1967b).

Don Américo no solo valoraba el innegable mérito formal de la narrativa de Delibes, sino también cómo este captaba la complejidad de ciertos problemas hispánicos, apuntando soluciones desde la literatura. Era obvio que se había quedado con ganas de hablar con su ya amigo exactamente sobre esto último, de literatura: “Ojalá haya alguna otra ocasión para conversar, sin agitadas premuras, de asuntos literarios” (1967b). La expresión de este deseo posee una importan-

cia crucial. Desde siempre, había defendido la función de la literatura en la sociedad y daba por sentado que el progreso de España pasaba por que en el país se leyera a sus clásicos de todas las épocas, incluida la contemporánea. En 1922, en su memorable ensayo “La enseñanza de la literatura”, declaraba: “La literatura sirve fundamentalmente para proporcionarnos un placer de orden elevado. Es un lujo de la sensibilidad y de la inteligencia que, como todos los lujos, es índice de la civilización de un pueblo. Lo mismo logramos esa finalidad con un autor moderno que con los pretéritos” (López-Ríos 2015: 224; y 2023).

Seducido por *Cinco horas con Mario* y habiendo empezado la lectura de *Las ratas* después de volver de Valladolid, precisaba dónde estribaba para él el valor de estos relatos. Citemos otra vez sus palabras: las obras de Delibes eran “visiones sutilmente críticas, estimativas, no meramente descriptivas, del humano vivir en un tiempo y espacio dados”. Este empleo del adjetivo “humano” es muy característico de Castro. En el ensayo antes aludido, insistía —demostrando una evidente huella del pensamiento pedagógico de Giner de los Ríos (López-Ríos 2014)— en la necesidad de que los profesores de literatura supieran “estimar [...] cuanto es fino, *humano* y ascendente” en los textos que explicaban a sus jóvenes estudiantes (López-Ríos 2015: 227; y 2023). No menos suya es la expresión “vivir en un tiempo y espacio dados”, tan relacionada con sus conocidos conceptos de “vivi-dura” y “morada vital”.

En la segunda parte de esta carta a Delibes, de una forma un tanto sinuosa, pero, desde luego, transparente para un destinatario no ajeno a su pensamiento historiográfico, desarrolla qué echaba de menos en la literatura española del siglo xx: llegar al núcleo de lo que él denominaba el “morbo hispánico” (algo así como, la “enfermedad española”), lo cual, en definitiva, implicaba abordar un problema de religión en su dolorosa complejidad. La marginación del cristiano nuevo constituía un hecho tan vertebrador de la España de la Inquisición como lo fue la particular sensibilidad espiritual (y literaria) que desarrollaron, en un espacio y en un tiempo hostiles, los judeoconversos frente al fanatismo de la visión castiza de la religión de ciertos cristianos viejos. Esto lo ilustra aludiendo al escudo de fray Alonso de Burgos en la fachada

de San Gregorio, en el que se había fijado durante su visita a la ciudad del Pisuerga:

No obstante lo mucho escrito por los mejores del llamado 98, la sensibilidad española aún no se ha posado sobre yunques capaces de labrarla, de forjarle nuevas formas. Aunque parezca fatua pedantería decirlo, la verdad es que Baroja, Azorín, Valle, Unamuno y Ortega sentían maravillosamente a España, pero se limitaron a trazar bellos círculos de arte o de pensamiento por encima, o en torno, a su realidad. Ortega dijo con acierto en un disco de gramófono que hacía falta *seducir* a los españoles a fin de prepararlos a recibir lecciones doctrinales —o sea, darles las amargas píldoras. Por eso, escribió él tan bellamente de filosofía. ¿Pero tuvo Ortega claras nociones sobre la naturaleza y etiología del morbo hispánico? ¿Podía tenerlas?

No se me olvidan los dos ángeles que, en la fachada de San Gregorio sostienen la flor de lis que fray Alonso de Burgos se otorgó a sí mismo como blasón de nobleza. En lugar de “a Dios por razón de Estado” (quiero decir, Dios como indirecto sostén de *lo útil* para la *re publica*) “a la hidalguía por razón angélica”. Fray Alonso —ya lo sabe— era un cristiano de reciente cuño (Castro 1967b).

Al redactar estas líneas, resonarían en su mente sus conversaciones con los dos periodistas de *El Norte de Castilla*, frases de Menchu en *Cinco horas con Mario* sobre judíos y protestantes (“antes la muerte, fíjate bien, la muerte, que rozarme con un judío o un protestante” [Delibes 1987 [1966]: 90]) y sus primeras impresiones de *Las ratas*, que presumiblemente le acaba de regalar su autor. Aunque a Delibes solo le habla de pasada sobre dicho libro hacia el final de la carta (“*Sus Ratas*: voy leyendo el libro poco a poco. Obra fuerte, impresionante. No tengo ahora energía para precisar más esta adjetivación” [1967b]), cuando le escribe ese mismo día a Jiménez Lozano, sí le comenta algo muy curioso, el exergo de esta novela: “Si alguno quiere ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos. Y tomando un niño lo puso en medio de ellos...” (Mc 9, 35-38) (Delibes 1988 [1962]: 7). Castro conecta las palabras evangélicas elegidas por Delibes nada menos que para encabezar su obra con una cita del *Quijote* que él acababa de emplear en *Cervantes y los casticismos españoles*.

Además, hace partícipe a Jiménez Lozano de una reflexión en la que quintaesencia su hermenéutica de la historia religiosa española desde el siglo XVI al XX:

El tema evangélico de *Las ratas*, “servidor de todos y tomando un niño lo puso en medio de ellos”, se junta en el infinito con las palabras de Cervantes puestas al frente de mi último libro: “caer en la cuenta de que era cristiano, y que estaba más obligado a su alma que a los respetos humanos”. Lo bueno que han tenido los países anglosajones es fruto del espíritu de servicio, de servir a todos, como escribía Marcos en su Evangelio. De ahí el *social service*, y el *civil servant*. Los españoles, del siglo XVI en adelante, olvidaron el Evangelio y han servido a su casta, a su entorno, a su parentela, a sus amistades, etcétera. La democracia moderna es, sencillamente, una secularización ideal del espíritu evangélico (hoy caricaturizado por eso que irreverentemente llaman *Opus Dei*).

El español nunca tuvo ni sospecha de qué sea el “interés público”; y se llama individualismo esa gran tosquedad, a la ignorancia de que nuestros prójimos son algo real, y que está “obligado a su alma”, como dice Cervantes, significa tener en cuenta las de los demás. La literatura subrayó la naturaleza franca, esquinada de las almas españolas, en aquello de “ande yo caliente, y riase la gente”. La noción española de la caridad, de la limosnería, es de lo más anticristiano que hay (Castro y Jiménez Lozano 2020: 82-83).

En estas líneas, cuyo alcance Jiménez Lozano captaría en toda su densidad, late su innegable simpatía por el cristianismo erasmista, en especial por su reivindicación de regresar a la esencia de las enseñanzas evangélicas. De ahí, el énfasis en la caridad, sobre todo en su vertiente de amor al prójimo. Según Castro, esa imaginada España del siglo XVI que no pudo ser habría propiciado una sociedad más moderna y eficiente en época contemporánea. Y para él hay más espíritu evangélico secularizado en sociedades anglosajonas, es decir, protestantes, que en la sociedad católica franquista, cuya forma de entender la caridad hasta la considera “anticristiana”. En relación con esto, conversando con Andrés Amorós en 1970, declaró: “Yo no he escrito para fines eruditos ni teóricos, no soy filósofo. He escrito solo para hacer

ver hasta qué abismo de monstruosidad pudo llevar la intolerancia y el personalismo abstracto, tozudo, retórico y gesticulante. El español debe autovacunarse, recurriendo al examen de su conciencia histórica, sirviéndose inteligentemente de la recíproca, humana y cristiana caridad” (Amorós 1970: 17). Rafael Lapesa también recordó cómo, al visitarlo en Estados Unidos a finales de los años cuarenta, notó que su anticlericalismo se había atemperado:

Pero más nos conmovió que el primer domingo de estar en Princeton nos llevara a la misa que se decía en un salón de deportes de la Universidad, decorado con frisos de atletas griegos y cuadrigas; se sentó a nuestro lado y se arrodilló con nosotros durante la consagración. Su anticlericalismo de antaño había dado paso a la comprensión respetuosa de formas de religiosidad diferentes a la suya, consistente en su hondo sentido moral: veneraba la santidad, cifrada para él en el ejemplo de Giner de los Ríos, y decía que el mayor mal de la juventud norteamericana radicaba en ignorar la existencia del pecado (1998: 108-109).

Las raíces ginerianas de esta espiritualidad a las que alude Lapesa son incuestionables (López-Ríos 2014). En este sentido, el autor de *El pensamiento de Cervantes* estaba muy cercano al ‘erasmismo’ de su amigo Fernando de los Ríos, según este lo expresó en su famoso discurso en las Cortes Constituyentes de 1931, en el que, por cierto, como en otros escritos suyos, se anticipan ideas de la historiografía americocastriista de posguerra:

Y ahora perdonadme, Sres. Diputados, que me dirija a los católicos de la Cámara. Llegamos a esta hora, profunda para la historia española, nosotros los heterodoxos españoles, con el alma lacerada y llena de desgarrones y de cicatrices profundas, porque viene desde las honduras del siglo xvi; somos los hijos de los erasmistas, somos los hijos espirituales de aquella conciencia disidente que fue estrangulada durante siglos. [...] Venimos aquí, pues —no os extrañéis— con una flecha clavada en el fondo del alma, y esa flecha es el rencor que ha suscitado la Iglesia, por haber vivido durante siglos confundida con la Monarquía y haciéndonos constantemente objeto de las más hondas vejaciones: no han respetado ni nuestras personas ni nuestro honor; nada absolutamente

nada han respetado [...]. Siempre es hora. ¡Ojalá que esta hora se aproveche, en nombre de los intereses históricos permanentes de nuestra República y de esta nuestra Patria española, tierra profundamente dramática y que hoy vive angustiada por la esperanza! (De los Ríos 1999: 316-317)³.

La defensa de un cristianismo genuino basado en la caridad conectaba con los principios vitales de Delibes, quien en una ocasión afirmó: “el hecho de que yo me incline por el hombre humilde y por el hombre víctima revela, imagino, mi espíritu democrático, pero no menos mi espíritu cristiano” (Alonso de los Ríos 1993 [1970]: 85)⁴. De hecho, el tema de la caridad está presente en *Cinco horas con Mario* desde la esquila inicial: “Rogad a Dios en caridad por el alma de D. Mario Díez Collado” (Delibes 1987 [1966]: 7). Resulta imposible no pensar en la afirmación de don Américo de que “la noción española de la caridad, de la limosnería, es de lo más anticristiano que hay” en carta a Jiménez Lozano (Castro y Jiménez Lozano 2020: 83) leyendo algunas de las diatribas de Menchu a su esposo:

[...] cariño, que tus ideas sobre la caridad son como para recogerlas en un libro, y no te enfades, que todavía me acuerdo de tu conferencia, ¡vaya un trago!, hijo mío, que te pones a mirar, y no hay quien te entienda, que te metías conmigo cada vez que iba a los suburbios a repartir naranjas y chocolate como si a los críos de los suburbios les sobrasen [...]. Siempre hubo pobres y ricos, Mario, y obligación de los que, a Dios

3 Es de sobra conocido que Menéndez Pelayo en su diatriba contra los krausistas los asoció a los alumbrados: “Porque los krausistas han sido más que una escuela; han sido una logia, una sociedad de socorros mutuos, una tribu, un círculo de *alumbrados*, una *fratría*, lo que la pragmática de don Juan llamaba *cofradía* y *monipodio*; algo, en suma, tenebroso y repugnante a toda alma independiente y aborrecedora de trampantojos” (1987: 950). García de Adoin (2017) comenta ambos pasajes en su estudio sobre el ‘erasmismo’ de Fernando de los Ríos.

4 Sobre el “catolicismo renovador” de Delibes, especialmente en *El disputado voto del señor Cayo*, véase Fornieles Alcaraz (2021: 15-18).

gracias, tenemos suficiente, es socorrer a los que no lo tienen [...], no me vengas ahora “Aceptar eso es aceptar que la distribución de la riqueza es justa”, habrás visto, que cada vez me dabas un mitin, cariño, con que si la caridad solamente debe llenar las grietas de la justicia pero no los abismos de la injusticia, que lo que decía Armando, “Buena frase para un diputado comunista”, a ver, que a los pobres les estáis revolviendo de más, y el día que os hagan caso y todos estudien y sean ingenieros de caminos, tú dirás dónde ejercitamos la caridad, querido, que ésa es otra, y sin caridad, ¡adiós el Evangelio!, ¿no lo comprendes?, todo se vendrá abajo, es de sentido común. [...] porque si algo ha hecho Cáritas en este sentido es impedirnos el trato directo con el pobre y suprimir la oración antes del óbolo, o sea, malmeter a los verdaderamente pobres, para que lo entiendas, y, por si fuera poco, restar oraciones, que yo recuerdo antaño, con mamá, deshechos, ¡Dios mío, qué espectáculos tan hermosos!, rezaban con toda devoción y besaban la mano que los socorría (Delibes 1987 [1966]: 82-83).

La religión interesaba sobremanera a Castro porque estaba en el eje de su obra historiográfica, y esta, a su vez, no era más que un intento de dilucidar cómo se había producido la Guerra Civil. El mismo año en el que iniciaba su correspondencia con Delibes y Jiménez Lozano, explicaba en *Ínsula*: “A decir verdad, el propósito que me llevó (en 1940) a ‘profesar’ en la orden histórica, para mí hasta entonces marginal, fue el sugerir algún procedimiento de unir a los españoles que no consistiese en coserlos a puñaladas, en lanzarlos a la guerra ‘cibdadana’, según decía en el siglo xv don Alonso de Cartagena. Mas, ¿cómo crear convivencias sin bucear hasta el fondo en la razón de haber sido la vida secular de los españoles radicalmente inconvivable?” (1967c: 12).

En la carta que le escribe a Delibes cuando acaba de empezar a leer *Las ratas* no falta el tema de la guerra. En una postdata le ruega que transmita su agradecimiento a José Antonio Rubio Sacristán, a quien debía de conocer desde los tiempos de la Residencia de Estudiantes y en cuyo domicilio de Valladolid había asistido a una velada “inolvidable”. Por lo visto, durante el transcurso de esta, se enteró de que una de las hijas de Rubio Sacristán vivía entonces en la que había sido su casa en Madrid “hasta el fatídico 18 de julio de 1936”. En el trans-

curso de la cena, le invitaron a visitarla. Don Américo le confiesa a Delibes que no supo reaccionar ante esta propuesta: “Sería atroz para mí visitar aquel lugar tan lleno de recuerdos. España es para mí una llaga no cicatrizada” (Castro 1967b).

Esta forma de explicar la Guerra Civil desde la intolerancia religiosa y la ausencia de caridad propias de la edad conflictiva debió de seducir al escritor castellano, un verdadero cristiano conciliar, al igual que Jiménez Lozano. Si, en 1966, Miguel Delibes noveló en *Cinco horas con Mario* el rechazo de católicos ultraconservadores al aperturismo del Concilio Vaticano II (Buckley 2012: 128-150), en 1970 llegó a asegurarle a César Alonso de los Ríos “que, si hubiera habido un Juan XXIII antes de 1936, la guerra española no se hubiera desencadenado o hubiese tenido otro carácter” (Alonso de los Ríos 1993 [1970]: 51), dejando claro que para él la Guerra Civil fue, en alguna medida, una guerra de religión. “A veces pienso en esta ficción histórica de un Juan XXIII anterior al 36”, le admite en otro momento (Alonso de los Ríos 1993 [1970]: 51). Jiménez Lozano, recordémoslo, dedicó *Meditación española sobre la libertad religiosa* al papa Juan XXIII, escribió su biografía (Jiménez Lozano 1973) y, ya antes, por defenderlo de lectores de *El Norte de Castilla* que hacían de la religión su seña de identidad nacional había recibido un insulto punzante, hereje: “Por favor, todavía no nos llamen ustedes herejes, esperemos a la sesión de hoy o de dentro de dos años, esperemos a que acabe el Concilio; después sabremos si son ustedes o nosotros quienes estábamos con la Iglesia’. Y estar con la Iglesia es lo que cuenta” (Jiménez Lozano 1963)⁵. Volviendo a las conversaciones de César Alonso de los Ríos con Delibes en 1970, es llamativo lo que responde el escritor castellano cuando su amigo le pregunta qué estaba leyendo justo esos días: “En estos momentos estoy leyendo a Américo Castro y a Aranguren” (Alonso de los Ríos 1993 [1970]: 96).

5 Este texto también lo recuerda Buckley (2012: 128), quien comenta que Delibes y Jiménez Lozano tuvieron contactos con protestantes en Valladolid por esos años (132).

Hotel Fénix, Madrid 17 Set. 67

Sr. X. Miguel Delibes

AMD, 10, 226 1

© 20-9-67

Querido amigo:

Quatrocece, visitas, familia
(una nieta llegó de Inglaterra)
non impedido agradecerle a
v. con letra a mano las seli-
cioras 24 horas pasadas en
Valladolid. Siempre es grato
conocer a un escritor ya muy
estimado, personalmente. En
este caso el interés se mul-
tiplicaba por la impulsivi-
de esta objetiva y vigorosamente
de acuerdo, us. y yo, acerca
de algunas ideas básicas, de
modos de entender y "expe-
rimentar" a este querido y
maltratado país. Sus nove-
las, por fortuna, no son de país
político o moralizante; son,
sí, visiones ^{sutilmente} críticas, estima-
tivas, no meramente descri-
tivas, del mundo viviente en un
tiempo y espacio dados.
Ojala haya alguna
buena ocasión para conver-

MD

-2-

San, sin agradas premias, se³
 asuntos literarios. No obstante
 lo mucho escrito por los mejores
 del llamado 78, la serenidad
 de la española aún ^{no} ha pasa-
 do sobre yunque nuevas
 labras, de forjadas nuevas
^{formas} ~~formas~~. Aunque por la fama
^{de cinco} pedantería, la verdades que
 traoria, Broun, Valle, Umana-
 no y Ortega sentían máx-
 villosamente, ^{a Español,} pero se limita-
 ron a trazar bellos círculos
 de arte o de pensamiento por
 encima, o en torno, a su nea-
 lidad. Ortega dijo con acierto
 en un disco de gramófono
 que había falta seducir a los
 españoles, aún de reparar
 a recibir lecciones doctrinales
 o sea, dejar las amargas
 pilvoras. Con eso escribió il-
 lustradamente de filosofía.
 ¿Pero tuvo Ortega el amor
 nociones sobre la naturaleza
 y etimología del verbo hipocri-
 so? ¿Podía tenerlas?

MD

No se me olvidan los dos in-
 gleses que, en la fachada de San
 Gregorio contienen la flor de
 los que fray Alonso de Burgos

Se otorgó a sí mismo como
 blasón de nobleza. En lugar
 de "a Dios por razón de Estado"
 (quien dice, Dios como invoca-
 to soporte de lo útil para la
me pública), "a la hidalgía
 por razón angélica". Fray Alou-
 go - ya lo sabe - era un cris-
 tiano de reciente cuño.

Disculpe estas divaga-
 ciones, ocurrencias en un
 mundo de hotel. Tiene un
 muchos años por delante,
 y practica un arte compleja-
 mente dimensionado. Tal
 vez - quien sabe - haya que
 pulir el alma de los españoles
 antes con novelas indinec-
 sas y sinuadas, que con es-
 cuelas, rigores y esqueletos.
 Gracias de nuevo.

Le abraza cordialmente.

Amén y Carlos

Hotel Fenix

Ins. Rata: voy leyendo el libro poco
 a poco. Obra fuerte, impresionante.
 No tengo ahora energía para
 decirle más esta adiós.
 Vacación.

Olvidé preguntar las señas de su casa
y escribo al periódico

Le ruego dé las gracias más efusivas a EL NOCHE DE CASTILLA
y en especial a don Fernando Altés por la atención de hospedarme
y "trenearme" hasta Madrid .

No sé tampoco las señas de Antonio Rubio Sacristán.
Soy un desmemoriadax y nose me ocurrió apuntarlas cuando estaba
ahí. Si lo ve dígle que la velada en su casa, con aquella
extraordinaria familia es inolvidable.

No supe me contestar cuando una de sus hijas me invitó
tan gentilmente a visitar su casa, que fue la mía hasta el fatídico
18 de julio del 36. Sería atroz para mí visitar aquel
lugar lleno de recuerdos. España es para mí una llaga no cicatrizada.
Y quién sabe si la salud de mi infeliz mujer no me va a
obligar a venirme a Madrid. Terrible agonía.
¡Perdone todo esto, mi buen amigo!

Carta de Américo Castro a Miguel Delibes Setién. Madrid, 17 de
septiembre de 1967. Fundación Miguel Delibes (Valladolid), AMD,
10, 226/1.

Por esas mismas fechas, Delibes también exhibe sensibilidad americocastista en la interpretación que en *Un año de mi vida* hace del manuscrito de la novela de Jiménez Lozano que terminaría titulándose *El sambenito* (1972). Habiendo detectado la habilidad para evocar la intransigencia del nacionalcatolicismo detrás de la recreación de la España inquisitorial del siglo XVIII, está entusiasmado con el resultado:

22 de enero [de 1971].-Jiménez Lozano ha tomado como pretexto el proceso inquisitorial de don Pablo de Olavide en el siglo XVIII para hilvanar la novela que cabría esperar de él. El prolongado monólogo acusatorio de los secretarios fiscales, plagado de circunquios y sinuosidades muy barrocos y anacrónicos, sirve (de rebote) para satirizar a la España fanática de siempre, tanto en la vertiente social, como en la política y la religiosa (las trasposiciones al tiempo presente se producen de una manera automática en la mente del lector). Los profundos

conocimientos de Lozano sobre el tema le permiten una reconstrucción vívida y convincente de esta estampa dieciochesca, terriblemente dramática pero atemperada por el lenguaje, de una zumba (que a veces nos lleva a la franca carcajada) muy intelectual. Pepe Lozano no le ha puesto título todavía a este manuscrito que, a mi juicio, es una de las mejores cosas que ha escrito y debería publicar sin demora (Delibes 1972: 124).

Esta inteligente lectura de *El sambenito* corrobora que Jiménez Lozano había encontrado que, efectivamente, el género novelístico le permitía revelar cosas que nunca podría haber dicho en un ensayo, según le comentó a Vergés en carta del 9 enero de 1970 a propósito de *Historia de un otoño* (López-Ríos 2020). En verdad, “[e]l franquismo no solo silenció, también provocó discursos” (Garriga Espino y Teruel 2018: 28).

El encuentro de Castro y Delibes en Valladolid en septiembre de 1967 sirvió para sellar una amistad que se fortaleció a través del intercambio epistolar y que se prolongó hasta la muerte del primero en julio de 1972. Son cartas breves en las que comentan de pasada la situación social y política en España y en el extranjero (mayo francés del 68), comparten sucintas impresiones de viaje, se envían recuerdos a amigos comunes (Castro siempre tiene en mente a Jiménez Lozano), o aluden a cuestiones personales (salud, familia). Varias de estas cartas surgen como acuse de recibo de los libros que el novelista iba enviando al filólogo. Exceptuando *Viejas historias de Castilla la Vieja* (1960/1964), uno de los libros predilectos de Delibes, que se lo manda a Castro en 1969, se trata en todos los casos de las novedades editoriales que fueron apareciendo a lo largo de esos años de amistad: *La primavera de Praga* (1968), *Parábola del naufrago* (1969) y *Con la escopeta al hombro* (1970). De todos estos títulos, sobre el que más se extendió el granadino fue *Parábola del naufrago*. Le llamó la atención, en particular, algo que le preocupaba mucho, la deshumanización del individuo en una sociedad cada vez más mecanizada y despersonalizada. No pasó por alto los nuevos cauces formales en los que se adentra la novela más experimental de Delibes, si bien no debió de percibir el toque satírico contra los excesos de este tipo de

prosa⁶. En carta del 15 de noviembre de 1969, compartió con Juan Goytisolo su entusiasmo por lo que esta narración tenía de denuncia literaria de la deshumanización. Sus palabras certifican su fe en la capacidad de los escritores de influir en su entorno:

Le dejo por estar exhausto. Pero urgía darle gracias efusivas por ese, en mi opinión, gran libro [*Spanien und die Spanier*], tanto como en otro orden, la última novela de Miguel Delibes, la *Parábola de un náufrago* [sic]. Tal vez le mande un ejemplar. Que tres hispanos, en modo vario y sin mutuo acuerdo, lancemos aullidos contra la deshumanización, es alentador. Nuestras voces serán como zumbidito de mosquito en medio de un ciclón —no importa. Un átomo puede volverse célula, y, aunque sea en el infinito, proliferar (Goytisolo 2007: 1503)⁷.

Siendo estas observaciones sobre los textos delibeanos importantes, sin embargo, desde una distancia más amplia, la pregunta más relevante que plantea este epistolario es hasta qué punto las ideas americocastristas pudieron haber dejado su huella en *El hereje* (1998), en donde se recrea la vida, proceso inquisitorial y ajusticiamiento de un protestante en el Valladolid del siglo XVI, una obra, en suma, sobre la España de la edad conflictiva. En verdad, leer las cartas que se intercambiaron don Américo y Jiménez Lozano, publicadas en 2020, desde la perspectiva de Miguel Delibes invitaba ya a considerar esta

6 “En el mundo de los ‘Sviatoi Iósif’ al ser humano comienzan por castrarlo y por aborregarlo. Podrá balar, y ya está bien. El valor de su gran Parábola —densa de subsentidos— es que el antes vigente género novelístico, inventado por Cervantes, pereció porque al personaje literario no le dejaron ni la posibilidad de arriesgarse a vivir su propia vida, pues nace ya des-vidado literariamente, incluso sin un lenguaje en el cual irse labrando una vida que no sea des-retro-vida. Alguien —yo no tengo ni tiempo ni fuerzas— debería coordinar ese RIP (en la paz de la mudez) de la forma novelística, con una visión panorámica de la deshumanización del hombre en la sociología, historia y lingüística hoy en vigor de triunfo” (Castro 1969b).

7 Cuando Américo Castro le comenta a Francisco Márquez Villanueva el 9 de noviembre de 1967 que “los no profesionales, algunas gentes de alma no podrida por complejos de inferioridad, comienzan a dar la cara por la verdad” (1967d), bien podría estar refiriéndose a Miguel Delibes y José Jiménez Lozano.

posibilidad. José María Ridaó concluía precisamente su reseña de dicho epistolario titulada “Católicos contra las castas”, apuntando de forma muy específica en esta dirección: “Y como si hubiera decidido participar retrospectivamente en la meditación para servir y no para dominar a la que Jiménez Lozano invitaba a Castro, Delibes hará de su última obra, *El hereje*, una implícita toma de posición sobre las preocupaciones desgranadas en esta sugerente correspondencia entre un ateo y un católico contra las castas” (Ridaó 2020).

Gracias a entrevistas, testimonios del propio autor, y de personas muy cercanas a él durante el momento de redacción de esta novela, y gracias también a la abundante documentación preservada en la Fundación Miguel Delibes, la crítica ha reconstruido de manera minuciosa las fuentes y la génesis de *El hereje* (Crespo López 2019: 79-92; 119-126). Fueron unas páginas de la *Historia de los heterodoxos españoles* de Marcelino Menéndez Pelayo las que desencadenaron la epifanía, como en otros autores contemporáneos; sirva de ejemplo el encuentro de Carmen Martín Gaité con Macanaz, un libro que interesó mucho, por razones obvias, a Jiménez Lozano, quien lo reseñó en *El Norte de Castilla* (Jiménez Lozano 1970). El escritor de Valladolid no solo se documentó leyendo por su cuenta sobre la historia de los protestantes en España, los autos de fe, la Inquisición y su ciudad en el siglo XVI, sino que también recurrió a diversos historiadores para pedir orientación y consultarles dudas específicas. En un paratexto del final da las gracias a todos los que le han inspirado y/o ayudado:

Aparte los libros y autores expresamente mencionados en la novela, hay historiadores como Jesús A. Burgos, Bartolomé Bennassar, Carmen Bernis, Germán Bleiberg, Teófanos Egido, Isidoro González Gallego, Marcelino Menéndez Pelayo, Juan Ortega y Rubio, Anastasio Rojo Vega, Matías Sangrador, J. Ignacio Tellechea y Federico Wattenberg que con sus obras me han ayudado a reconstruir y conformar una época (el siglo XVI). A todos ellos expreso por estas mi reconocimiento (Delibes 2019 [1998]: 549).

La ausencia de los nombres de Américo Castro y Jiménez Lozano en esta lista no resta valor a la inteligente intuición de José Ma-

ría Ridaó. Si bien no cabe considerar la obra del primero como una fuente directa de *El hereje*, hay razones para sostener que esta debió de funcionar a modo de antiguo sustrato sobre el que germinaría la idea de novelar la heterodoxia religiosa en el Valladolid del siglo xvi. Así parece percibirlo Heliodoro Carpintero Capell, cuando en 2003 le comenta en una carta a Delibes lo siguiente: “Por tu libro corre el regeneracionismo, el dolor por España y la preocupación por casticismos y limpiezas de sangre que hay en los libros de Unamuno y Ortega y Castro y tantos más” (Crespo López 2019: 72).

Entre finales de los sesenta y principios de los setenta, este sustrato de ideas americocastristas se habría ido sedimentando en la personalidad intelectual y literaria del escritor castellano, a través de la lectura de los libros del maestro, conversaciones con él y con su hija Carmen, y, por supuesto, a través del intercambio de cartas. Asimismo, no poco debió de ser lo que Delibes aprendió sobre el autor de *La realidad histórica de España* gracias a José Jiménez Lozano, bien fuera charlando con él o leyendo sus artículos en *El Norte de Castilla* y *Destino*, o libros suyos como *Meditación española sobre la libertad religiosa* o *El sambenito*, una novela en la que, como hemos visto, se ventilaban muchas otras cosas aparte del proceso inquisitorial a Pablo de Olavide, un rasgo que la acerca a *El hereje*. Aunque sea mera casualidad, resulta curioso que el escritor de Alcazarén emplease en una carta a su compañero en *El Norte de Castilla* el mismo sintagma para hablar de *El hereje* que el que había utilizado Américo Castro con él para referirse a su primera novela, *Historia de un otoño*. Si el filólogo le había dicho a Jiménez Lozano “quiero agradecerle su relato apasionado e inteligente de la ‘aventura’ religiosa que más huella dejó en la Francia del siglo xvii” (Castro-Jiménez Lozano 2022: 145), este le dirá a Delibes sobre *El hereje* que “la aventura religiosa está muy bien contada” (Crespo López 2019: 105).

Si bien el escritor de Valladolid sigue otras fuentes para recrear hechos históricos, hay momentos en el que el lenguaje de *El hereje* aflora un vocabulario muy americocastrista, como cuando el protagonista se refiere a “la casta de los cristianos viejos” en las primeras páginas. En el preludio Cipriano Salcedo señala: “La afición a la lectura ha llegado a ser tan sospechosa que el analfabetismo se hace deseable y honroso.

Siendo analfabeto es fácil demostrar que uno está incontaminado y pertenece a la envidiable casta de los cristianos viejos” (Delibes 2019 [1998]: 182)⁸. De todas formas, más que rastrear marcas concretas, conviene reparar en que, al construir un relato en torno a la libertad de conciencia en España, Miguel Delibes convertía en literatura esa arraigada preocupación compartida con Jiménez Lozano y Castro, y de la que habían hablado los tres paseando por Valladolid en septiembre de 1967. La misma cita inicial del libro, unas palabras del papa Wojtyła, con su referencia al Concilio Vaticano II, sirve para conectar el tema de la intolerancia inquisitorial con el siglo xx:

¿Cómo callar tantas formas de violencia perpetradas también en nombre de la fe? Guerras de religión, tribunales de la Inquisición y otras formas de violación de los derechos de las personas... Es preciso que la Iglesia, de acuerdo con el Concilio Vaticano II, revise por propia iniciativa los aspectos oscuros de su historia, valorándolos a la luz de los principios del Evangelio (Juan Pablo II a los cardenales, 1994) (Delibes 2019 [1998]: 147)⁹.

A su vez, la cita elegida evidencia que, tal y como ocurría con Jiménez Lozano, Delibes proyecta su cristianismo conciliar en la religiosidad de los erasmistas y otros heterodoxos afines. Cuando, en 1998, en una entrevista se le preguntaba “De haber vivido en tiempos

-
- 8 La misma marca del lenguaje americocastista (“casta cristiana”) aparece, por cierto, en *El sambenito* de Jiménez Lozano: “Mas si alguien le contradecía [a Pablo de Olavide] en sus opiniones, entonces se levantaba colérico de la mesa, marchaba a su bufete y tomaba de los estantes cualquier malditísimo libro de la nefasta filosofía moderna, de los que aquellos estaban bien nutridos, pues nunca se había visto en español alguno de casta cristiana tal demasía y apetito, glotonería e inclinación a los libros y a los peligros del entendimiento [...]” (1972: 17).
- 9 Pérez Escobotado (2018) ha estudiado en profundidad cómo en *El hereje* se “superponen” el siglo xvi y el siglo xx. Desde otras premisas aborda también el asunto Buckley (2012: 185-201). García Domínguez insiste “en que Miguel Delibes se siente absolutamente identificado con el protagonista de la novela y con su defensa tenaz —hasta la muerte— de la libertad de conciencia” (2014: 86-97).

de sus personajes, ¿habría sido usted un erasmista?, ¿habría corrido usted la misma suerte que Cipriano?, ¿no habría sido una víctima de esa ‘Valladolid, mi ciudad’ tan terrible a la que dedica la obra?”, contestó: “Es fácil que hubiera sido erasmista, pero ignoro hasta dónde habría llegado. No tengo madera de héroe” (Sanz Villanueva 2001 [1998]: 83). Treinta años antes, el 3 de agosto de 1967, en una conmovedora carta, Jiménez Lozano le había confesado a Castro algo en la misma línea: “Los cristianos conciliares de este país estamos viviendo a veces muy dolorosamente todas las inquisitoriales aventuras de *nuestros amigos fray Luis de León y demás*: las denuncias, los miedos, los insultos, a veces incluso la prisión o los golpes por parte de los defensores de la fe” (Castro y Jiménez Lozano 2020: 69). Profundizar en este asunto, incluyendo a Américo Castro, permite captar matices transcendentales. Tildar al filólogo de “erasmista” para referirse a su condición de exiliado le costó a Jiménez Lozano la intervención de la censura franquista que tachó solo esta frase de *Meditación española sobre la libertad religiosa*: “así, los erasmistas hoy se llaman ‘emigrados’”. Y la ‘emigración’ es el propio drama del profesor Américo Castro” (Expediente de censura 1965).

Aparte de la comunión de ideas en cuestiones de historia religiosa española, existía una coincidencia fundamental entre Castro y Delibes en lo que respecta a la poética de la novela. Sin duda, esa afinidad literaria fertilizó todavía más el sedimento de tesis americocastristas en el autor castellano. Las cartas que le enviaba el granadino desempeñaron un papel transcendental en este sentido, como se desprende de una anotación de Delibes en *Un año de mi vida*. El 29 de abril de 1971 dejó constancia en este diario de haber recibido una carta del “maestro” con comentarios sobre su libro *Con la escopeta al hombro*, de los que transcribe unas líneas: “Lancé hace tiempo mi idea del ‘hecho humano habitado’; de no ser vista así la realidad (de hace mil años o de ayer), pasa uno por la vida como broza arrastrada por aguas presurosas” (Castro 1971a; Delibes 1972: 190). Glosa con admiración estas palabras y las hace suyas: “Precisamente por haber sabido verlo así, Américo Castro acertó a mostrarnos la Historia de España tal como es. El genio de don Américo estriba en haber sabido cambiar la posición tradicional de los focos e iluminar de esta manera ciertas zonas

penumbrosas de la realidad española, fundamentales para comprender el pasado y la esencia del hombre ibérico” (Delibes 1972: 190).

En *De la edad conflictiva*, el autor explicaba que se decidió a “hacer *habitables* los hechos, los referidos en libros y documentos, porque un hecho humano no *habitado* es un cascarón vacío de humanidad” (Castro 1976 [1961]: 37) y, refiriéndose específicamente a la novela, aseguró que este género no debe consistir “en la expresión de lo que acontece a la persona, sino de cómo esta se encuentra existiendo en lo que acontece” (Castro 1976 [1961]: 210). Afirmaciones muy en consonancia con las conocidas palabras de Delibes de que “una novela es más o menos valiosa en la medida en que acierte a explorar el corazón humano” (Goñi 1985: 101).

¿No cabe entender, pues, la historia de Cipriano Salcedo como un ejemplo paradigmático de “hecho humano habitado”? En la carta que Castro escribió a Delibes en septiembre de 1967, le auguraba un futuro brillante como novelista: “Tiene usted muchos años por delante, y practica su arte complejamente dimensionado”. Y añadía: “Tal vez —quién sabe— haya que pulir el alma de los españoles antes con novelas indirectas y sinuosas, que con escuelas rígidas y esquemáticas”, consciente de la capacidad del escritor castellano de “entender y ‘esperanzar’ a este querido y maltrecho país” (Castro 1967b)¹⁰. Llama la atención cómo el octogenario insiste al escritor en la idea de “esperanzar”, un verbo que él escribe entre comillas y en el que se intuye una raigambre gineriana (“[...] Hacedme/ un duelo de labores y esperanzas” [Machado 1994: 235]). Desde luego, esta carta adquiere un sentido pleno desde la lectura de *El hereje*, la novela sobre la libertad de conciencia y la tolerancia, en la España de la edad conflictiva y en la del siglo xx, la novela que culmina y cierra la obra de Miguel Delibes. Entrevistado este con motivo de la publicación de este libro (Sanz Villanueva 2001 [1998]: 84), resulta elocuente su respuesta

10 El 29 de abril de 1970 concluye una carta a Delibes tocando el mismo asunto y, una vez más, considerándolo muy próximo a Jiménez Lozano: “A ustedes les quedan amplias zonas de esperanza; pero a quienes bordean el quinquenio próximo a los 90, ¿qué diantre podemos ya esperar?” (Castro 1970b).

cuando, para concluir la conversación, se le preguntaba si cabría definirlo como “un pesimista esperanzado”: “Más bien un pesimista que no ha perdido del todo la esperanza”, precisó.

Bibliografía

- ALONSO DE LOS RÍOS, César (1993 [1970]): *Conversaciones con Miguel Delibes*. Barcelona: Destino.
- AMORÓS, Andrés (1970): “Conversación con Américo Castro”, en *Revista de Occidente*, 82, pp. 1-22.
- ARBONA, Guadalupe y LÓPEZ-RÍOS, Santiago (2020): “Las diferencias de creencias y esperanzas de que usted me habla son simplemente una riqueza más’: las cartas de Américo Castro y José Jiménez Lozano en su contexto”, en Américo Castro y José Jiménez Lozano, *Correspondencia (1967-1972)*. Edición de G. Arbona y S. López-Ríos. Madrid: Trotta, pp. 15-54.
- BUCKLEY, Ramón (2012): *Miguel Delibes, una conciencia para el nuevo siglo. La biografía intelectual del gran clásico popular*. Barcelona: Destino.
- CASTRO, Américo (1967a): Carta a Miguel Delibes. Madrid, 24 de julio. Mecanoscrita. Fundación Miguel Delibes, AMD, 10, 196.
- (1967b): Carta a Miguel Delibes. Madrid, 17 de septiembre. Manuscrita, con algunas líneas a máquina. Fundación Miguel Delibes, AMD, 10, 22.
- (1967c): “Sobre el no querer entender nuestra historia”, en *Ínsula*, 247, pp. 1, 12-13.
- (1967d): Carta a Francisco Márquez Villanueva. La Jolla, 9 de noviembre. Mecanoscrita. Harvard Archives, Harvard University.
- (1968a): Carta a Miguel Delibes. La Jolla, California, 26 de febrero. Mecanoscrita, con correcciones a mano. Fundación Miguel Delibes, AMD, 11, 71.
- (1968b). Carta a Miguel Delibes. La Jolla, California, 10 de abril. Manuscrita. Fundación Miguel Delibes, AMD, 11, 104.
- (1968c): Carta a Miguel Delibes. Madrid, 26 de mayo. Manuscrita, con algunas líneas a máquina. Fundación Miguel Delibes, AMD, 11, 120.

- (1968d): Carta a Miguel Delibes. Madrid, 4 de junio. Manuscrita, con algunas líneas a máquina. Fundación Miguel Delibes, AMD, 11, 123.
- (1968e): Carta a Miguel Delibes. Madrid, 15 de junio. Manuscrita, con algunas líneas a máquina. Fundación Miguel Delibes, AMD, 11, 127.
- (1968f): Carta a Miguel Delibes. Madrid, 29 de junio. Manuscrita. Fundación Miguel Delibes, AMD, 11, 132.
- (1968g): Carta a Miguel Delibes. Madrid, 22 de octubre. Mecanoscrita, con anotaciones a mano. Fundación Miguel Delibes, AMD, 11, 159.
- (1968h): Carta a Miguel Delibes. Madrid, 3 de noviembre. Mecanoscrita, con anotaciones a mano. Fundación Miguel Delibes, AMD, 11, 166.
- (1969a): Carta a Miguel Delibes. Madrid, 16 de abril. Manuscrita. Fundación Miguel Delibes, AMD, 11, 218.
- (1969b): Carta a Miguel Delibes. Madrid, 10 de noviembre. Manuscrita. Fundación Miguel Delibes, AMD, 40, 2, 4.
- (1970a): Carta a Miguel Delibes. Madrid, 27 de abril. Mecanoscrita. Fundación Miguel Delibes, AMD, 12, 94.
- (1970b): Carta a Miguel Delibes. Madrid, 29 de abril. Mecanoscrita con correcciones a mano. Fundación Miguel Delibes, AMD, 12, 96.
- (1971a): Carta a Miguel Delibes. Madrid, 29 de abril. Manuscrita. Fundación Miguel Delibes, AMD, 12, 208.
- (1971b): Carta a Miguel Delibes. Madrid, 22 de mayo. Manuscrita. Fundación Miguel Delibes, AMD, 12, 215.
- (1976 [1961]): *De la edad conflictiva: crisis de la cultura española en el siglo XVII*. Madrid: Taurus.
- CASTRO, Américo y JIMÉNEZ LOZANO, José (2020): *Correspondencia (1967-1972)*. Edición de G. Arbona y S. López-Ríos. Madrid: Trotta.
- CASTRO MADINAVEITIA, Carmen (1967): “Carta a Miguel Delibes. 25 de abril”. Fundación Miguel Delibes, AMD, 10, 117.
- (2001): *Nosotras, las mujeres*. Edición de Rafael Lazcano. Madrid: Editorial Revista Agustiniiana.

- CELA, Camilo José (2009): *Correspondencia con el exilio*. Prólogo de Eduardo Chamorro. Notas de Jordi Amat. Barcelona: Destino.
- CRESPO LÓPEZ, Mario (2019 [1998]): “Introducción”, en Miguel Delibes, *El hereje*. Madrid: Cátedra: 2019, pp. 15-144.
- DE LOS RÍOS, Fernando (1999): *Discursos parlamentarios*. Madrid: Congreso de los Diputados.
- DELIBES, Miguel (1967a): Carta a Américo Castro. Valladolid, 26 de julio. Manuscrita. Fundación Xavier Zubiri, Archivo Américo Castro. CAC_29_02_0156.
- (1967b): Carta a Américo Castro, 20 de septiembre. Manuscrita. Fundación Xavier Zubiri, Archivo Américo Castro, CAC_29_02_0120.
- (1968a): Carta a Américo Castro. Valladolid, 17 de marzo. Manuscrita. Fundación Xavier Zubiri, Archivo Américo Castro, CAC_29_02_0121.
- (1968b): Carta a Américo Castro. Valladolid, 14 de mayo. Manuscrita. Fundación Xavier Zubiri, Archivo Américo Castro, CAC_29_02_0122.
- (1968c): Carta a Américo Castro, 3 de junio. Manuscrita. Fundación Xavier Zubiri, Archivo Américo Castro, CAC_29_02_0123.
- (1968d): Carta a Américo Castro, 12 de junio. Manuscrita. Fundación Xavier Zubiri, Archivo Américo Castro, CAC_29_02_0088.
- (1968e): Carta a Américo Castro, 27 de junio. Manuscrita. Fundación Xavier Zubiri, Archivo Américo Castro, CAC_29_02_0089.
- (1968f): Carta a Américo Castro, 24 de octubre. Manuscrita. Fundación Xavier Zubiri, Archivo Américo Castro, CAC_29_02_0090.
- (1970): Carta a Américo Castro, 3 de diciembre. Manuscrita. Fundación Xavier Zubiri, Archivo Américo Castro. CAC_30_02_0184.
- (1971): Carta a Américo Castro, 3 de mayo. Manuscrita. Fundación Xavier Zubiri, Archivo Américo Castro. CAC_32_03_0044.
- (1972): *Un año de mi vida*. Barcelona: Destino.
- (1987 [1966]): *Cinco horas con Mario*. Barcelona: Destino.
- (1988 [1962]): *Las ratas*. Barcelona: Destino.

- (2019 [1998]): *El hereje*. Edición de Mario Crespo López. Madrid: Cátedra.
- DELIBES, Miguel y UMBRAL, Francisco (2021): *La amistad de dos gigantes. Correspondencia (1960-2007)*. Prólogo de Santos Sanz Villanueva. Barcelona: Destino.
- “Don Américo Castro pasó por Valladolid” (1967): *El Norte de Castilla*, 12 de septiembre, p. 1.
- Expediente de censura de *Meditación española sobre la libertad religiosa* de José Jiménez Lozano, 1965. Archivo General de la Administración, (03) 050.000-21/16529.
- FORNIELES ALCARAZ, Javier (2021): “Miguel Delibes y *El disputado voto del señor Cayo* (los intelectuales y el catolicismo renovador)”, en Javier Forniellas Alcaraz (ed.), *Dos lecturas: Miguel Delibes y ‘El disputado voto del señor Cayo’. ‘Million Dollar Baby’ y la nueva tragedia*. Almería: Universidad de Almería, pp. 9-58.
- GARCÍA DE ANDOIN, Carlos (2017): “El erasmismo de Fernando de los Ríos”, en *Bulletin d’Histoire Contemporaine de l’Espagne*, 51, pp. 173-195.
- GARCÍA DOMÍNGUEZ, Ramón (2020 [2005]): *Miguel Delibes de cerca. La biografía*. Barcelona: Destino.
- (2014): “Un hereje por nombre Delibes. Alcance confesional y autobiográfico de la novela *El hereje*”, en Antonio Sánchez del Barrio y Alfonso León López (eds.), *El viaje de los libros prohibidos. Miguel Delibes. El hereje*. Valladolid: Fundación Miguel Delibes, pp. 85-87.
- GARRIGA ESPINO, Ana y TERUEL, José (2018): “Introducción: de la teoría a la circunscripción histórica”, en José Teruel (ed.), *Historia e intimidad. Epistolarios y autobiografía en la cultura española del medio siglo*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, pp. 9-30.
- GOÑI, Javier (1985): *Cinco horas con Miguel Delibes*. Madrid: Anjana.
- GOYTISOLO, Juan (2007): *Obras completas*, VI (*Ensayos literarios [1967-1999]*). Edición del autor al cuidado de Antoni Munné. Barcelona/Madrid: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- JIMÉNEZ LOZANO, José (1963): “Estar con la Iglesia”, en *El Norte de Castilla*, 10 de noviembre, p. 9.

- (1966): *Meditación española sobre la libertad religiosa*. Barcelona: Destino.
- (1970): “*El proceso de Macanaz, un conflicto Iglesia-Estado*”, en *El Norte de Castilla*, 4 de agosto, p. 3.
- (1972): *El sambenito*. Barcelona: Destino.
- (1973): *Juan XXIII*. Barcelona: Destino.
- LAPESA, Rafael (1998): *Generaciones y semblanzas de claros varones y gentiles damas que ilustraron la Filología hispánica de nuestro siglo*. Madrid: Real Academia de la Historia.
- LÓPEZ-RÍOS, Santiago (2014): “‘Und das Leben ist sicherlich grösser als die Philologie’: Américo Castro y Francisco Giner de los Ríos (1906-1911)”, en *Romance Philology*, 68.2, pp. 1-22.
- (2015): *Hacia la mejor España. Los escritos de Américo Castro sobre educación y universidad*. Barcelona: Bellaterra.
- (2020): “‘Cosas que no se pueden decir en un ensayo’: José Jiménez Lozano, narrador”, en *Ínsula*, 886, pp. 12-16.
- (2023): “‘Es necesario algo más’: cómo enseñar literatura según Américo Castro (1922)”, *Bulletin of Hispanic Studies*, 100.1, pp. 47-60.
- MACHADO, Antonio (1994): *Campos de Castilla*. Edición de Geoffrey Ribbans. Madrid: Cátedra.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1987): *Historia de los heterodoxos españoles*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, II.
- OLMEDO RAMOS, Jaime y LÓPEZ-RÍOS, Santiago (2022): “Filología hispánica, Cervantes y política exterior: cartas de Américo Castro a Santiago Alba”, en Diego Martínez Torrón (ed.), *Ideología y castas en Miguel de Cervantes*. Madrid: Visor, pp. 217-248. /3
- PÉREZ ESCOHOTADO, Javier (2018): “Un hereje para la eternidad: Miguel Delibes”, en Miguel Delibes, *El hereje*. Barcelona: Destino (Austral), pp. 11-62.
- RIDAO, José María (2020): “Católicos contra las castas”, en *El País/Babelia*, 14 de noviembre, p. 5.
- SANZ VILLANUEVA, Santos (2007 [1998]): “Breve diálogo con Delibes acerca de *El hereje*”, en *El último Delibes y otras notas de lectura. Postguerra, exilio y letras en Castilla y León*. Valladolid: Ámbito, pp. 80-84.
- TERUEL, José (2020): “Introducción”, en Carmen Laforet, *Nada*. Madrid: Cátedra, pp. 9-83.